

## Conducción de almas: a propósito de *La novela de Perón,* de Tomás Eloy Martínez

*Carolina Saller\**

### Introducción

En contratapa de la edición nueva de *La novela de Perón* se resalta la conjunción de hechos reales y ficcionales y la duda del lector frente a ellos, es decir frente a la pregunta de cuáles son los reales y cuáles los ficcionales. Preferimos entender este desconcierto como el de un momento histórico inmediato-posterior al referido por la novela histórica de Tomás Eloy Martínez; preferimos hablar del extrañamiento que provoca una mirada hacia el pasado cercano desde una posición de alteridad: la razón de unos, la sinrazón de otros, la tolerancia política de unos, la intolerancia política de otros, la política y la guerra, la voluntad democratizadora “actual” y el “pasado” autoritario; extrañamiento de la experiencia, finalmente, que marcó gran parte de la sociedad civil y política argentinas aunque con significados diversos, y que se construyó a partir de la apertura democrática de los años 80.

La indagación sobre la configuración de una cierta y determinada cultura política en Argentina entre 1943 y 1974 es el horizonte fértil que, en nuestro caso, alienta la lectura de la novela de Tomás Eloy Martínez. Estas notas persiguen cruzar algunos criterios para el abordaje de aquella configura-

---

\* Profesora UNLP

ción histórica. El diálogo tiene por objeto revalorizar el contenido ideológico de toda práctica y/o relación política desde su discurso portante –finalmente sedimentado también como ingrediente de la cultura política–, destacar en particular la impronta de un fragmento de la ideología de su enunciador –Perón– como constituyente de esa cultura y ya no solamente de su práctica; descubrir finalmente en el diálogo pertinente –a los efectos de lo expuesto–, algunas imágenes del periplo delimitado, en tanto representaciones significativas, por supuesto en la trama de la obra, pero especialmente en virtud de operar como signos de representaciones históricamente construidas, entonces validadas.

Como resultado del cruce de criterios, contenidos ideológicos y representaciones intentaré vertebrar una perspectiva que deberá cultivarse en otras instancias de investigación y reflexión.

## I. LA PALABRA DE LA “PATRIA”

*«Cuanto más desposeídas son las personas, culturalmente sobre todo, más obligadas e inclinadas están a confiar en los mandatarios para tener una palabra política» Bourdieu, Cosas dichas, p. 161.*

De acuerdo con un esquema explicativo, a partir de la «revolución libertadora» (1955) se plantearía la cuestión del poder de la palabra como epílogo de un vaciamiento político doble: «Perón o la antipatria» (1945-1955), por un lado, «Libertadora» o poder maléfico del discurso de Perón, el «otro absoluto» (1955...), por el otro, serían sus términos. Sumando a esta situación la del exilio del líder sobrevendría la sacralización de la «palabra ausente». En las condiciones «anormales» de producción y reconocimiento del discurso político determinadas por el exilio, la figura del ‘portavoz’ - delegado, domina la escena del juego político de un modo específico. No se trata del juego político general sino del juego político interno del movimiento peronista: Perón, portavoz/mediador/enunciador primero de una entidad «muda», el pueblo, nación/patria, es el legitimador último de toda palabra emitida en su nombre. Lo que está en disputa en estas condiciones es la legitimidad de la ‘voz’ que en su nombre habla, la del enunciador segundo ¿Quién es el verdadero enunciador segundo?, ¿Quién es el «otro» entonces...? El «traidor», el «infiltrado», el «distorsionador», el «infiel», finalmente el usurpador de «La» palabra; éstos parecen ser los títulos adecuados para el «otro» (cuando no pudo legitimar su voz).

La interna peronista del movimiento de la vuelta de Perón al país (1973) y sus características dramáticas y al mismo tiempo casi carnalescas en la novela de T.E.Martínez, resuenan así trágicamente como actos de violencia, por

ser en última instancia «actos de palabra» (en una configuración específica de la cultura política de esos años) y no al revés, actos cuya lógica es el intento por resolver el dilema del «enemigo interno».

Este esquema que habla de una palabra ausente y de un cuerpo ausente pretende casi todo del acto de enunciación y de su estructura, y nosotros quisiéramos recuperar la gravedad de un contenido, al menos, y en eso pensamos.

¿Por qué adosar a ese esquema como horizonte de reflexión la configuración específica de una cultura política? El concepto más abarcativo en ingredientes determinantes de una situación como la de 1973, nos habilita para pensar e incorporar como uno de tales, una relación política y social con raíces ideológicas, con perdón de la palabra, como es la conducción.

La conducción es una categoría íntimamente vinculada al fenómeno del peronismo y a su líder y ha sido objeto de referencias múltiples; en particular nos interesa el acercamiento que realiza Juan Pablo Feinmann en su ensayo sobre la violencia política de reciente aparición. En este trabajo queda involucrada la categoría en un acervo ideológico de raigambre militarista, prusiana y reconocida como estandarte de la acción político-ideológica de Perón; se habla del trabajo *Apuntes de Historia militar*, de Perón, como de un libro cuya relectura «se torna indispensable para una reflexión sobre las modalidades de la violencia política en Argentina»; se recuerdan las clases que Perón dio en la Escuela superior peronista hacia los años '50, recopiladas en el libro *Conducción política*, de amplia repercusión posterior. Se fundamenta a partir de estas referencias la aparición, vigencia y desarrollo del concepto de la «política como guerra» y de toda la fraseología y prácticas políticas correspondientes a aquél, durante los más de 50 años de historia argentina. No sorprenden los lugares comunes entre estas correspondencias establecidas por Feinmann y cierta construcción del relato de T.E. Martínez, quien desde una trama bio-autobiográfica nos alumbró especialmente un origen político mientras aquél nos insta a encontrar en ese origen el de la noche infausta de los años '70.

Es precisamente aquí donde pretendemos realizar un descentramiento de la mirada sobre esta categoría. También Feinmann nos advierte en dos oportunidades que «pocos políticos se sintieron tan artífices de la historia como Perón», y que la causa habría que encontrarla en el papel de Conductor estratégico que se autoasignaba, que lo hacía tan «padre eterno», tan «armonizador» del conjunto de las fuerzas sociales, gran «ajedrecista» de la historia y manejador de las contradicciones ¿Por qué estas expresiones tienen cita en la novela de tantas maneras otras: en la decisión de la redacción de las memorias, en los diálogos de Perón con Cárpora en Madrid, en el episodio catalizador de Ezeiza desde la experiencia de las columnas, «encolumnadas» tras ciertas y determina-

das banderas y dirigentes-enunciadores segundos, en las reflexiones de Perón sobre su vuelta y finalmente en la vuelta misma, en sus preparativos, desde los más siniestros hasta los más carnalescos?

Queremos precisar lo que entendemos por conducción. Se nos presenta como una relación social y política; la envergadura del poder constituyente de esta relación trasciende el campo ideológico y se transforma en ingrediente constituyente de un modelo de sociedad civil y de sociedad política que se construye y se cristaliza. La conducción puede ser entrevista en este sentido como pseudo-representación política, supone la figura del conductor pero también la de los «conducidos» y de ninguna manera la de los «representados». En la relación de conducción la residencia del poder, la soberanía, corresponde también a uno de sus términos. Hablamos antes de la noción de enunciador primero, aquella voz que se presentaba como la voz de una entidad muda: el pueblo, la nación, la patria..., portavoz de una entidad indivisible. En esta trama de visión de la política no tiene cabida la representación, en tanto se trata de una especie de auto-representación. En esta relación política el «pueblo»/demos/ciudadanía no ejercería el gobierno a través de representantes sino que, al votar, depositaría esperanza y confianza en el conductor; por supuesto no otorgaría mandatos: no se establecería ninguna relación delegativa del tipo mandante/mandato/mandatario; pero ni siquiera se establecería la relación tradicional de representación de las democracias representativas liberales con el carácter fiduciario de la representatividad.

La cuestión de la representación en el campo político está vinculada obviamente al tema de la democracia; hemos sugerido antes que la conducción entendida como relación social y política interviene como alternativa de ese sentido de la representación; sin embargo, como toda relación histórica, la conducción es una relación construida en el seno de un campo específico —el político-ideológico— donde ha cobrado significación. Pensada de este modo la conducción, es necesario entender que existieron condiciones de aparición en la escena, condiciones de construcción, mantenimiento y afianzamiento —tal vez— de esa apuesta, y que se generaron para ello dispositivos específicos de creencia para generar efectos de creencia y por lo tanto de aceptación de la relación.

La conducción es una representación de una relación social y política propia de una concepción organicista y descendente del poder. La sociedad pensada como un cuerpo, donde los miembros, los músculos, siguen el mandato de la cabeza, el cerebro —concepción por otra parte ya presente en Aristóteles; por demás impropia de cualquier modelo democrático de estado moderno si reconocemos en éste el fundamento individualista y su concepción ascendente del poder. Barajamos como pertinente la hipótesis de que la conducción, re-

presentación esta vez entendida como imagen o texto (signo), generada a partir del discurso peronista y de otros recursos... de la primera hora, encontró bastante allanado su camino de lucha por imponerse, toda vez que se proponía como alternativa en un campo donde la relación Estado/Sociedad civil estaba signada por débiles vínculos democráticos institucionales, escasa tradición democrática partidaria, aceitados vínculos clientelísticos y apreciable descreimiento de la opinión pública por la capacidad/legitimidad de las instituciones políticas; ausencia de prácticas políticas –si no discursivas solamente– en el ámbito político estatal (funcionamiento del sistema de partidos, del juego político) enraizadas en una tradición demoliberal del funcionamiento del estado y, finalmente el carácter poco o nada progresista de las políticas estatales (hablamos de una realidad inaugurada a fines del siglo pasado que atraviesa las experiencias conservadora, radical y la conocida como de la «década infame» aunque sin establecer uniformidad ni correspondencias universales con los rasgos antedichos). El enroque cuartel/estado, entre 1943 y 1945 fue una entrada real a la arena política por parte de Perón, quien sin embargo se cuidó muy bien de no quedar asimilado a ningún tipo de «parte» o partido del conjunto nacional, antes bien se preocupó por señalar los vicios de la «partidocracia» y su ineptitud para resolver los problemas, con lo cual quedaba claro que una voluntad estatal uniformizada tras el liderazgo de un 'conductor/vocero del pueblo-patria', resultaría no una etapa perfecta del régimen político declarado en la constitución, de raigambre liberal, sino una etapa superadora y alternativa, y de corte organicista como resultado de la empresa de un nuevo estado, un nuevo rol de sus instituciones, –el de los partidos políticos, por ejemplo, cuya razón de ser como proyectos de orientación diversos y en pugna en la arena política, se cuestiona–, y un comportamiento distinto de la sociedad civil y sus organizaciones frente al estado, que debía prescribirse y ponerse en marcha.

La representación de «Perón conductor» fue una construcción, y como tal ideó sus propias modalidades de credibilidad y también inventó un lector o decifrador atento y conforme o simplemente un «conducido». La popularidad de Perón, de su persona y sus gobiernos, pueden ser entendidos también a partir de este enfoque como efectos de percepción y juicio exitosos, eficaces en el sentido de reconocimiento de legitimidad por parte de los destinatarios de sus discursos, de su/s imagen/es, en fin, de su/s representación/es. Toda experiencia política genera sus propios dispositivos, modalidades de creencia, y sus propios argumentos legitimadores: gobiernos de amplia popularidad pueden y de hecho lo han hecho, y/o han sido, legitimados en nombre de la popularidad, por ejemplo, utilizando a la ligera desde el discurso legitimador, como argumentos, disyuntivas tales como democracia real vs. democracia formal,

democracia social vs. democracia política etc., o como en el caso del historiador Daniel James entender la experiencia política del peronismo como una verdadera herejía —en relación al statu quo— gestadora de una «ciudadanía» ausente. Términos y palabras que si cabalgan sobre la experiencia histórica de la popularidad de un gobierno como fuente de su legitimidad, nos aparecen razonables, incluso plausibles, pero en tanto se pueda reconocer al mismo tiempo, en la misma experiencia, en su desenvolvimiento como modelo de funcionamiento del sistema político-estatal otra figura histórica, a pensar. Alain Touraine nos señala atinadamente que la ampliación de la participación política no implica necesariamente una vía democrática. Él toma la posibilidad de la «Revolución autoritaria» y de varias figuras históricas de democracia ¿No podríamos pensar acaso en una variante de la figura de la «democracia totalitaria» en el caso del sistema político cristalizado durante las dos primeras presidencias de Perón?

## II. ÚLTIMO ACTO DE CONDUCCIÓN

*«En 1905, María Amelia descubrió que Juan emprendía acciones que se contradecían. De pronto gastaba todos sus ahorros para comprarle una muñeca, y al entregársela le advertía: «cada vez que juegues con ella, acordate que te la he dado yo. ¿Entendiste?: yo». Y el mismo día, o al siguiente, salpicaba con tinta los cuadernos impecables de la prima»,* La novela de Perón, p. 83

*La Novela de Perón* es prolífica en fragmentos como el anterior, extraídos de las memorias del general, y pasibles de ser entrevistados como oráculos de pitonisas cuya verdad ha sido manifestada o realizada ya —cómo prueba de su «anticipación», a posteriori publicada. Sugestivos, son útiles también como advertencia de una relación complicada: la que existe entre la historia y la biografía o historia de vida, por la fuerte idea subyacente de «lo que está destinado a ocurrir» que envuelve a esas historias y a otras construcciones historiográficas que se asientan sobre los resultados, sobre las cristalizaciones de las acciones históricas; emprendimientos cuya postura se nos aparece «natural», casi lógica, en virtud de una estructura de antecedentes y consecuencias constante: parados siempre en el último término de la secuencia, no sabemos sino la historia del momento ganador que elimina de la visual y del espacio de la indagación aquello que quedó a la «sombra» o en penumbras de las alternativas sin bonanza o sin idéntica bonanza, o de aquellas acalladas en su poder configurador de la historia.

La vigilancia sobre esta relación debería incrementarse si la impronta de la experiencia de la historia inmediata del país y del relator de la historia (no

nos interesa catalogar el relato) ha dejado sobreimpresiones reales en el «imaginario», y éstas se reimprimen en el relato como sobreactuaciones. (Nos referimos por ejemplo a la pintura de actores históricos como el «ala izquierda» y el «ala derecha» del peronismo entre 1973 y 1975). El carácter ficcional del relato lo permite...también, pero ejerce un respaldo o refuerzo, como una especie de sobredosis de «realismo» sobre lo que en el presente del lector es «la cosa que resultó», «el destino histórico que nos tocó vivir»; el poder explicativo de la sobreactuación, en cualquier historia, es muy efectivo.

### **Mito y desmitificación**

En *La Novela de Perón* el '73 puede bien aparecérsenos como excusa para la presentación de un origen político de Perón. En alguna medida «la vuelta» es un escenario de personajes testigos de un evento fundador, «explicador», la aparición en escena de un relato bio-auto-biográfico que es obra y es a la vez «la» obra de Perón. El zig zag en la estructura de la novela entre las memorias de un pasado «remoto» (hasta el '43) y la «actualidad» de la vuelta de Perón al país ('73) se corresponde en un primer momento del diálogo con la versión sigal veroniana comentada antes, con la perspectiva de la intervención «mítica» del líder en la historia política; el objetivo de Perón desde la enunciación peronista o desde su propia enunciación, fue siempre Restituir la Unidad Nacional y el carácter de Patria a un país devastado por la política. En el '45 y en el '73 su rol pacificador y Redentor es el mismo y aparece como «ahistórico»; no transita él el lodo de las reyertas políticas, sino que su presencia «ahistórica» enmienda la ausencia de la patria en la escena histórica (sujeta a la historicidad). En todo caso la atemporalidad conquistada desde un rol trascendente semejante, convierte el origen «político» de su portador en origen de un mito y a su relato bio-autobiográfico en un relato fundador.

El acontecimiento de la vuelta de Perón es el de la «vuelta» de un mito viviente, donde el relato de su origen es más importante y significativo que el de la circunstancia «actual» ('73) constituida de flaquezas, debilidades físicas, humorales, volitivas; la presencia del hombre, ya viejo, es mucho menos significativa para la historia y el país que la presencia del mito.

La imagen anterior sugerida por el zig zag no compromete la compatibilidad de otras versiones: por ejemplo la de Feinmann que dirá que Perón terminaría embarrándose en el '73, en el lodo de las contradicciones históricas, al tomar partido en el juego; o la de Sigal y Verón que argumentarían la presencia física de Perón en Argentina como esencial y catalizadora de los enfrentamientos (por lo que el cuerpo de Perón significaba como prueba de emisión directa a los destinatarios de su voz, por primera vez desde su exilio, no mediada; la claridad

de la nueva situación no ofrecía resquicios a los enunciadores segundos) .La imagen del zig zag está comprometida en cambio en la experiencia de la vuelta de Perón como contenido subjetivo de la misma, configuración histórica al fin y a su modo explicativa. Por otro lado tiene esta imagen construida un potencial que una de las versiones anteriores excluyó a priori: todo un universo de la acción, el componente ideológico del discurso, la visión del mundo y la política, el proyecto o bandera movilizadora ,las motivaciones de los protagonistas y la fundamentación de sus prácticas, su cultura política, sus emociones y sentimientos, sus miserias... su voluntad-. Decimos que quedan estos rasgos involucrados como constituyentes o determinantes de la explicación, con lo que otorgamos carnadura, densidad, a las situaciones históricas concretas que no pueden abordarse fructíferamente desde exclusivos y excluyentes paradigmas de comunicación, desde las estructuras de enunciación.

Desde la perspectiva que intentamos esbozar al comienzo de estas notas, la vuelta de Perón no resulta simplemente la vuelta de un líder político popular proscripto y exiliado, cuya regreso es un ítem, dentro de una lucha política de militantes y simpatizantes; la vuelta de Perón es también la presencia de un momento en el desarrollo de un modelo de relación política que más acá o más allá de la proscripción política y de la voluntad en pro del regreso, «forzada» o a regañadientes, del gobierno de la Revolución argentina-, significaba la inviabilidad, desde un plano ideológico político, de un modelo democrático representativo. «Perón Vuelve» o «Perón o Muerte», en este sentido son algo más que consignas de lucha; la figura mesiánica se condice con la relación política inscrita en la Conducción, que lo trasciende por ser una relación asumida por los interlocutores destinatarios de la palabra fabricadora de esa representación específica.

Las memorias, en *La Novela*, por el hecho de contribuir a un contrapunto significativo con la representación del episodio de Ezeiza, son un recurso desmitificador. Biografía o memoria, cronológicamente corresponden a una etapa de la vida de Perón anterior a su «puesta en escena» como hombre de estado (golpe del '43): su niñez, adolescencia, juventud y esa etapa «del cuartel» previa al asalto del estado; la «atemporalidad» que rodea a toda apreciación mítica de un origen se desvanece hilvanando el pasado, pues al «relatarlo» lo enviste de temporalidad y sentido. El Perón casi mítico, casi atemporal, casi sin cuerpo del viaje de vuelta, el del avión «Betelgeuse» –«estrella moribunda» casualmente-, es también el de su origen; Perón es devuelto a su origen no-mítico que de algún modo resuena tanto o más «real» que su actualidad (1973). Esta representación es al mismo tiempo una visión de la Argentina de la «Vuelta» de Perón. No sería la presencia de Perón viejo político, lo que incidiría en la Argentina de su vuelta sino su impronta e incidencia en la cultura política de la Argentina y la peculiar configurada en «su» movimiento.

### III. LOS SIGNOS DEL JUEGO -CONSTRUIDO-

«..., Alberto presintió la cercanía de una tropa de guanacos.

*A Juan Domingo se le voló el juicio. Nunca había estado cerca de tantos animales juntos. Lo que más le excitaba de esta caza era su posición de privilegio: en la cuneta, oculto. Sentía impaciencia por salir, sorprendiendo a los guanacos...»*, La Novela de Perón, p. 86.

«*Hágame caso, Cámpora, conozco a mi ganado*». La Novela de Perón, p.91

«*A mi pobre país no le queda otra cosa que Perón*»... «*Yo soy la providencia, el Padre eterno*...» La Novela de Perón, p. 174.

De la cultura política en la Argentina de la «vuelta» de Perón encontramos varios trazos a lo largo de la novela. Todo el capítulo seis, sin embargo, es una sintomatología. La política es una relación familiar con intrigas y traiciones; «Papá», «tío», «hijos» son sus protagonistas; sentimiento de culpa, rumores de traición, sumisión, incondicionalidad, desobediencia, desplantes, miedo, obediencia, lealtad... otorgan sentido a las relaciones y las constituyen; «comulgar» es una actitud «política», «desobedecer» es «conspirar», se impone la «vigilancia», hay que conocer la «intriga». Hay una imagen del protagonismo político en el mismo capítulo, el de la fracción Cámpora/JP, como de gran movimiento corporal que contrasta con una idea de la acción histórica o de la acción política en tanto la imagen indica un «hacer» no pensado; «comenzaron a pasarle tantas cosas –a Cámpora– que de ninguna se daba cuenta». Otras imágenes, otros síntomas: Desde la derecha peronista se percibe al «otro»; la «otra» militancia se convierte en «conspiración»; «si la conjura es cierta, habrá que apagar con sangre tanto fuego». En esta política no hay convencimientos, hay apoderamiento de cuerpos y almas: «los jóvenes se han apoderado hace ya tiempo de él –Cámpora–: lo manejan, son íncubos». (Algo así como demonios, diablos masculinos que someterían el cuerpo de alguien a sus designios.)

La violencia pura tampoco escapa a esta sintomatología, los hombres de López Rega practican la tortura... preludivando otras.

Las disposiciones, casi enteramente sugerencias en este campo político particular por momentos dramático y asfixiante marcan una distancia o ajenidad con la posición del relator observador y la del lector. El cuadro de referencia ha tenido «lecturas» o desciframientos, inclusive algunas empeñadas en mostrar la lógica o racionalidad de ese «juego» político. Lo cierto es que la lectura de *La*

*Novela de Perón* si bien no se plantea en esos términos un análisis del juego, sugiere para quien esté interesado en verlo una hipótesis sobre la acción, su naturaleza. Es difícil encontrar un actor racional. Otras tramas, insondables por lo arraigadas tal vez, generan los hechos y son sin embargo al mismo tiempo palpables, coherentes: no hay que hacer esfuerzos para reconocer su dinámica; ello es lo natural. No se encuentra al actor racional por ningún lado, la idea desarrollada abona una perspectiva de los «acontecidos» políticos como productos de un tipo de acción «pseudos» de pseudo-actores, pseudo-protagonistas.

La política, esta vez como fanatismo de la multitud, se esboza en la descripción del episodio de Ezeiza (cap.10). La militancia de la JP (juventud peronista) participa de un «paisaje» cuasi romántico también «pseudos» como la acción política; más cercano al cuadro de un pintoresco episodio de carnaval que al de una gesta popular. Las figuras de la pasión militante y la pasión en el sexo,—alternativas en una secuencia única— exacerban el deterioro del cuadro romántico en vez de potenciarlo; no se trata de una imagen con sus bemoles, se trata de una gesta vista como grotesco, y a pesar de que «los ojos de la mosca» (título del capítulo) son los ojos o visiones múltiples desde los que se puede observar la realidad, según la abuela de Perón las moscas están presentes ese día, y en todos lados...En los lugares más insospechados, irritantes...¿No se posa la mosca sobre la carroña? ¿No se regodea con la pestilencia descubierta?...¿Acaso era nauseabunda la política?¿Acaso no estaba todo demasiado «podrido»...?

Si bien no es del propósito de estas notas indagar o abreviar en la relación entre Perón y la JP, los que lo han hecho, nuestros testigos bibliográficos Ollier, Sigal y Verón abonan en general la idea de la heteronomía ideológica y la de una combinatoria de pragmatismo político, canalización de estrategias políticas, espacio-movimiento compartido, liderazgo asumido y vehículo herramienta. Desde el relato que nos ocupa no hay originalidades pero sí, en cambio, se paternaliza y filializa la relación. La relación familiar se hace patente en reiteradas ocasiones y si tuviéramos que describir gestualmente el perfil del padre, sería el de un padre refunfuñón, dispuesto a dar el escarmiento merecido a sus hijos descarriados, a quienes «se dejó volar» pero a quienes «nunca hay que dejar posar» y a quienes en algún momento habrá que «cortar las alas»...y el aliento..., idea extraída de las palabras de Perón a T. E. Martínez en junio de 1966 —transcriptas en el epígrafe del capítulo 19.

¿Por qué destacamos esta relación? Porque del mismo modo que con las relaciones que Perón tejió con otros voceros autorizados de su «Voz» de enunciador primero, también de esta relación participa, constituyéndola, la idea de conducción.

La conducción y su naturaleza ideológica se manifiestan por ejemplo en una conversación con Cámpora en Puerta de hierro:

“Mire el pobre país que acaba de abandonar: Sólo para tener, como Ud. dice, el privilegio de venir a buscarme. ¡Vaya con el privilegio! No me hablan sino de fábricas tomadas y desbordes guerrilleros en Argentina. Hubiera cumplido mejor con su deber quedándose a deshacer esos entuertos: gobernando. Le di el poder. Ejérzalo”.

Como se ve no es el pueblo soberano quien con su voto en elecciones democráticas dio poder al presidente para que en su nombre lo ejerza: el soberano es Perón, o Perón es...la patria misma, como se sugiere en la versión de Sigal y Verón comentada al comienzo.

«Por eso tengo que volver a mi pobre país: para que todos aprendan a caminar derechitos». Estas expresiones abonan la idea de un Perón pacificador y la que sugiere el discurso analizado por los autores nombrados antes; pero además sugiere que en pleno proceso de apertura democrática Perón, descrea de la democracia, no es un convencido de la democracia: No sería la democracia en el '73 la solución al problema nacional sino el propio Perón.

#### IV. VOCES CÓMPLICES

*«Las masas no piensan, las masas sienten y tienen reacciones más o menos intuitivas y organizadas. ¿Pero quién produce esas reacciones? El conductor. Las masas equivalen a los músculos. Yo siempre digo que no vale el músculo sino el centro cerebral que lo pone en movimiento»* La novela de Perón, p. 46. Encomillado en el texto (dicho atribuido a Perón por la voz central del relato).

Cerebro racional moderno, cerebro iluminista, cerebro autoritario, cerebro paternalista... La cuestión primera, la que plasma el efecto, es la «función cerebral»: la conducción; visto desde nuestro interés, en efecto, es el pragmatismo político, la disposición 'reductora a la función' la herramienta proto-ideológica que desdibuja por inoperantes en una evaluación histórico-política los contenidos concretos del «cerebro», porque la relación funciona y es eficaz; y sin embargo cada conducción es particular y al mismo tiempo una construcción histórica; lo fue la de Perón y sus conducidos.

## El relato y su relator

Desde la primera hora obsesiona a Perón la idea de «adoctrinar», «instruir», «conducir» a las masas. Las memorias que emprende son casi el último acto de adoctrinamiento, instrucción y conducción a través del ejemplo, de una experiencia de vida ejemplar; para que con su lectura la «virtud brotara naturalmente de las generaciones futuras». Perón había leído entusiastamente a Plutarco...

Las operaciones en torno de la escritura de las Memorias, como revisiones, fotos interrogadas, composición de relatos, anécdotas arrancadas a una memoria «desvincijada» y selectiva –en un sentido de recuperación de lo que «debió suceder»– y el ‘indudable esfuerzo’ de su secretario López recogiendo los pensamientos que se le caen al General como pañuelos, ¿Qué construcción de sentido ofrecen? Es la conducción, aquella relación, la que justifica las operaciones que desde el paradigma de una «lectura» en correspondencia con la fórmula aleccionadora se traspasan en lícitas estrategias didácticas. Su interrogación descalificaría sin justificación «La» fuente : es inverosímil la refutación de un Mito...

Tenemos además otras voces. La voz del relato central de la novela, compaginadora, tercera persona encargada de «mover» las piezas del juego y de dar lugar a aquellas; sugestiva en sus intervenciones «blanqueadoras» que son parte, desde la perspectiva de estas notas, del contrapunto planteado entre la figura mítica de Perón y su desmitificación: «fantasmas retratados en *Horizonte*» son leídos también por los jóvenes preparados para recibir al General mito, y “ se encogen de hombros al detenerse en la foto de un documento inexplicable, desoyen las voces de testigos que van corroyendo el mito de Perón». La existencia de un «documento» biográfico periodístico se encarga por ejemplo de mostrar otras vetas «originarias». Tampoco debemos construir esta lectura sin la «voz» de «Perón-Eloy», aquella que encarna al exiliado, al de La Vuelta, prolífico en confesiones—una de las cuales, cristalizada en obra, son ciertamente las *Memorias* pero, como voz de actor cuya palabra está siendo ya «acto» se nos revela mucho más interesante y oportuna, a la hora de intentar enebreciones de sentido, de explicar las acciones, que contemplar el producto intencional, el del relato autobiográfico como estrategia de conducción.

A continuación algunas intervenciones significativas de los relatores: el análisis de una anécdota de su vida militar en las memorias permite identificar una intención; se trata de una referencia a los habitantes del Paraná y su visión del tiempo:

«Lo que más me impresionó fue que miraban el futuro con desdén. Más bien no lo miraban. Vivían ciegos al tiempo. Como el pasado era siempre espantoso, se les borraba casi instantáneamente de la memoria. De ahí que

atribuyeran a la fatalidad sus bienes y sus males. Mejor dicho: los bienes a la providencia y los males al gobierno».

No hay historicidad, no hay explicación...es un eterno presente desdichado. ¿No conviene pensar acá que Perón entra en la Historia y otorga historicidad a la vida cotidiana de esa gente—con su obra social? ¿No conviene pensar en un «antes» y un «después», a partir de un origen: la figura de Perón—y el pasado aparece como antediluviano—, que tiene la capacidad de quebrar y rehacer destinos y que por lo tanto legítimamente conduciría la Historia así forjada?...Casi como providencial...(por lo de los bienes...). Un posible imaginario.

Perón-Eloy justifica la extensión de lo que, en las Memorias, ocupa la «vida militar»:

«López, ¿ Y Ud. qué piensa? Que voy a eliminar precisamente la matriz de mi doctrina? De ahí sale todo, de lo que yo digo sobre la milicia ¿ Cómo no se da cuenta? Lo demás no soy yo. Perón viene de ahí: es el troupiér, el pedagogo de la conducción, el estratega de palacio. No tengo más sabiduría que la del conductor...».

En la siguiente cita Perón-Eloy ofrece la imagen del conductor y del conducido:

«Puedo vanagloriarme de haber sido un buen comandante de compañía. De los ciento diez hombres que tuve bajo mi mando, a uno lo hice nombrar gobernador de Bs. As. y a los otros los convertí en ministros y embajadores. Todos eran humildes pero leales. Se hubieran hecho matar por mí».

En la siguiente cita se da «cita» a la imagen dicotómica entre los intereses de la patria y Perón, y los intereses de los políticos:

«los oficiales... empezamos a tomar conciencia de que el ejército debía ser la brújula de la patria. Los políticos estaban corrompidos y, por fortuna no tenían el menor contacto con nosotros... Nuestro mundo era el cuartel, pero dentro del cuartel estaban los símbolos de la patria. Debíamos velar por ellos».

## **El profeta en su tierra. La religiosidad**

Perón nos cuenta:

«Yo había iniciado una revolución, pero en un país sin identidad, sin forma, con demasiados caminos y ninguna meta. Catorce millones de argentinos vivían al garete. Entonces me dije: A esta tierra sin destino, le daré un destino. Yo. ¿Está hecho de cartílagos? Pues le daré mis huesos. Seré su azar, su necesidad, su profecía».

El componente profético se vincula definitivamente con el problema de la conducción y su trascendencia en la cultura política; en la pág. 319 Perón-Eloy le pregunta a Cámpora en vísperas de su viaje de vuelta a Bs. As. si «ha seguido rezando la doctrina peronista todas las noches», recuerdan algunos de los «preceptos», se hace referencia a ejercicios mnemotécnicos... y Perón, llama la atención a Cámpora, –a quien termina de tomarle examen–, por los «muchachos» (la juventud peronista que acompaña a Cámpora) quienes «se confunden» y «la dicen al revés»...; por momentos adquiere la escena ribetes humillantes.

¿Qué imágenes adquieren los «conducidos» de 1973? La «pobre gente» y también los «gorriones» –aquellos a los que no hay que dejar posar nunca...?

Zamora, el personaje periodista-biógrafo de la revista Horizonte, escucha a los locutores en Ezeiza: «entre una zamba y otra, vuelven a la palabra sacra: General». Describe la columna montonera que «opprime», es un «rebaño» el «gentío». Imagen religiosa: el rebaño de un pastor, conductor de almas. Los «peregrinos» –sigue– marchan; llevan a Eva, su retrato y con su voz de otro tiempo, ronca, rayada,... «El fanatismo es la sabiduría del espíritu» –se oye de su voz– «Queridos compañeros, el fanatismo es la sabiduría del espíritu», fanatismo... ¿Fundamentalismo? «Peregrinos»... Otra vez la religión...

«Placas de bienvenida rezan:... Padre y Maestro patrio... Liróforo Patriarca... Mágico Patrimonio de la celeste Barca Nacional...». Términos también posibles de una cultura política hija de una relación: la conducción.

## La presencia del «cuerpo»

La presencia física de Perón causa sensaciones fuertes en Tomás Eloy Martínez ; Es casualidad –pensando este impacto desde la interpretación sigal veroniana de un cuerpo portador de enunciados– que Tomás Eloy Martínez se decida a hablar en primera persona para contar su encuentro directo con Perón?: «Mi país entero pasaba por su cuerpo...aquello que coexistía conmigo dentro de un cuarto de Madrid, a solas, se llamaba Perón». Nuestro autor necesita dar testimonio de ese encuentro a Zamora, otro periodista, es que también para él la palabra de Perón era la palabra de la Patria: «No era un simple hombre. Eran veinte años de Argentina, en contra o a favor». Atravesada la etapa del impacto, tras el «entonces, me le acerqué» sobrevino la decepción y tras ella la desaparición del mito y la constatación del individuo Perón, el de los mil rostros.

Sigal y Verón subrayan la importancia en la comunicación de un enunciado, de la presencia o actualidad del cuerpo del enunciador e interpretan a

## *Conducción de almas...*

partir de ello las transformaciones que se producen a partir de la situación de exilio, del cuerpo ausente, y las operaciones de legitimación de mensajes. Puede entenderse mejor desde este lugar la estrategia literaria de nuestro autor apareciendo en primera persona, relatando aquel encuentro persona a persona.

¿Cuáles son las consecuencias del encuentro? La trama de las sospechas sobre la autenticidad de los dichos (publicación- desmentida- grabación, etc.). Cuando parecía que T. Eloy Martínez ‘entraba en la historia’ por haber hablado con Perón el enunciador primero, personalmente, llegaba a la frustración: el enunciador primero lo desmentía.

Otro lugar en el que aparece la importancia del cuerpo de Perón (su presencia) es en un diálogo entre Perón, Càmpora y López en Madrid:

Càmpora: –“ Que alegría les ha dado a los periodistas esta mañana, mi general. Tantos días montando guardia para verlo, preocupados por su salud, y de repente, sin advertencia previa, Ud. sale dos veces a la puerta sano y salvo.

–¿Yo he salido? –se intriga el general.

–Sí –lo tranquiliza López– Su cuerpo... Ellos lo han visto y así han tenido tema para escribir».

## **Epílogo**

*La Novela de Perón* es la vida de Perón y la nuestra. Mayor densidad que la idea de que Perón escribe sus memorias y cuenta “su novela”, tiene sin embargo, la idea de que Perón es autor de las novelas no contadas de todos los demás, de los otros, nosotros.